

El exilio del mesías. Buscando señales de vida en psicoterapia.

Marcelo Pakman.

Gedisa, 2022.

Por Ricardo Ramos

Con este libro *El Exilio del Mesías*, Marcelo Pakman cierra su trilogía *El espectro y el Signo*, compuesta además por *Texturas de la Imaginación* (Gedisa, 2014) y *El Sentido de lo Justo* (Gedisa, 2018), una vasta empresa que le llevó a explorar y reivindicar la vida sensible como una dimensión de sentido más allá de los significados verbales en que vivimos inmersos. Una empresa emprendida y perseguida hacía tiempo por el autor, a través de la cual se llega “a una articulación progresiva y detallada de una postura crítico-poética en psicoterapia” Así, casi, empieza el libro (página 16).

Y así, casi, acaba: “La posición crítico-poética que esta trilogía presenta con hesitaciones, repeticiones, variaciones y algunos momentos de certezas es más bien, como ese mismo transcurrir muestra, una exposición al sentido, que es también sentido de lo justo y sentido de lo abierto, que no deja de aparecer y, si somos sensibles al mismo, nos permite actuar su potencialidad de cambio.” “Vivir es estar expuesto a un mundo con texturas sensuales que no deja de aparecer como un espectro y que, con cada aparición trae a este mundo de signos ... que domina nuestra cotidianeidad, dos esperanzas entremezcladas: la de una vida mejor y la de lo abierto que no existe como lo ya conocido” (penúltima página).

Pakman reclama una dimensión del sentido como matriz del significado, dimensión que señala a la ecología del regazo como la cuna que nos permite sobrevivir y sobrepasar nuestra inmadurez temprana, sostenidos por los cuidados que recibimos; unos cuidados que, a la vez que nuestra salvaguarda, son el vehículo de nuestro psiquismo temprano. Y una cuna en la que se encuentra el origen del sentido como contrapunto entre la magia y la realidad, por un lado, y entre el refugio de la estabilidad y la aventura del cambio, por otro (98). Magia que perdura, realidad que nos alcanza; estabilidad que nos atrae, cambio que nos llama. Por ese vértice transcurre este libro.

Si *El Sentido de lo Justo* nos acercaba a la esperanza de una vida mejor, a la inclinación humana inmanente hacia una vida que merezca la pena ser vivida y las penas de vivirla, *El Exilio del Mesías* nos asoma a la esperanza de lo abierto, a la inclinación humana hacia que exista algo que no parece existir en lo cotidiano, pero quisiéramos que existiera para venir en nuestra ayuda (pp. 44), para no llegar a aceptar que las cosas ya están bien así, que nunca sean más de lo que ya son (21). Algo que nos viene prometido por un Mesías que nunca llega, pero cuya llegada podemos propiciar con nuestro obrar; un anhelo activo que puede así, pasando al contexto terapéutico, ser aprovechado al dejarnos a cargo de hacer existir lo que no

existe, lo que todavía no existe, pero nos toca, nos conmueve en el evento poético, como una potencialidad que está, ahora, disponible.

En este texto, Marcelo Pakman retoma, y relanza, algunas ideas que Bateson planteó sobre la comunicación humana en tres artículos publicados entre 1966 y 1968. Lo que el lenguaje aportó, más que (y más allá de) la abstracción y la generalización, fue la posibilidad de expresar algo que no se refiriera a la relación, actividad esta a la que se dedican entusiásticamente los mamíferos a través de la comunicación no verbal, cinética o analógica; comunicación esta, por otra parte, más fiable que incluso un juramento humano.

La esencia y la razón de ser de la comunicación, para Bateson, es la creación de significado, del que la redundancia, la repetición y, con ello la predictibilidad resulta ser (Bateson *dixit*) un sinónimo, al menos parcial. Cuando nos enfrentamos a algo, tendemos a presuponerle un patrón clasificando y reduciendo aquello a lo que nos vemos expuestos.

Pero hay fenómenos en los que la predicción, y el control que de ella deriva, resultan imposibles, no permitiendo clasificar lo que se nos está haciendo presente; como el fenómeno artístico que no puede expresarse en palabras. Ni, aún, el arte verbal: una poesía no se puede parafrasear.

Bateson señala que en el arte (y otras experiencias, como “los sueños, la poesía, la religión, la intoxicación y otros estados semejantes”) se produce una integración entre la comunicación digital y la analógica; Pakman propone que a eso se añade (se puede añadir) el reconocimiento de una singularidad, experiencia que, como un conjunto estético, se debe integrar de alguna manera al mundo predecible en el que tratamos que transcurra nuestra vida cotidiana. Una singularidad es una presencia, una aparición sensual y con textura del sentido, que no se puede traducir, parafrasear u resumir, pero si se puede, y se debe, composibilitar (hacer presente y posible junto a).

Y llegamos a la Potencialidad, presente en el pensamiento mágico que la racionalidad no elimina. La potencialidad, para ser o para hacer algo, no es un modo de existencia que se agote en la actualización o realización a través de ciertos actos. La potencialidad de un músico para componer o interpretar música no se agota cuando compone o interpreta una pieza; sigue estando ahí después de que se la utiliza.

Pero se compromete; la potencialidad comprometida en sus actualizaciones, extendida en el tiempo, pasa fácilmente de creación a estilo, de descubrimiento a virtuosismo y amaneramiento. Y con ello lo que se pierde es flexibilidad en el sistema: “Una vez que se han utilizado ciertas posibilidades de cambio se establece un compromiso en una cierta dirección que disminuye la flexibilidad sistémica” (109).

Pero el sentido, que no comunica por representar o significar, sino por hacer presente singularidades a las que nos exponemos, aporta, dice Pakman, “tanto una fuente de singularidad en contrapunto con el significado, como también esa fuente de potencialidad para el cambio que permanece no comprometida con lo que ya se hace y se conoce” (150) Sin las singularidades sólo nos quedamos con el mundo del significado redundante y predictivo, mientras que se nos escapa el mundo de la vida (130).

Pakman nos anima a concebir la terapia como un ejercicio contra el avance de lo redundante (156) ...prestando atención a la singularidad, tanto en la psicoterapia como en la vida en general, (que) es fundamental en las decisiones que debemos tomar para navegar las contingencias que aparecen continuamente... (107). Un ejercicio a través de intervenciones que pueden parecer mínimas a primera vista pero que son el comienzo de algo que ulteriormente, aún más amplificado, puede dar lugar a cambios relevantes (161).

El sentido, entendido en palabras de Nancy como un ser-hacia, un movimiento y una inclinación (122), se nos presenta como reservorio de potencialidad para el cambio y la flexibilidad de los sistemas que habitamos (108). Una inclinación hacia una vida mejor y hacia lo abierto que aún no existe, como el resto de las cosas del mundo (120); lo que quisiéramos que exista, pero no lo hace y no sabemos si lo hará (140). Como lo que late en el núcleo o raíz de los significados religiosos y sus creencias míticas; como una mesiánica de lo cotidiano... (131).

La trilogía *El Espectro y el Signo* trata del modo en que eventos poéticos pueden sincopar las micropolíticas dominantes, distanciándose del sujeto para explorar el existente... bajo el signo de una estética de la vida cotidiana, de una ética de la vida cotidiana en un sentido de lo justo (y no de normas estéticas y morales) y de una mesiánica de la vida cotidiana en una esperanza inclinada hacia lo abierto. Una ontoestética, una ontoética y una ontoteología de la vida cotidiana (157) en base a las que la terapia vendría a ser una ayuda a mejorar nuestra vida en el intento, no siempre exitoso, de que valga la pena, así como también a asomarnos al borde de lo desconocido abriéndonos hacia lo que no existe pero que a veces esperamos que el cielo o que un Mesías, nos regale (175).

Muy interesante (lo creo). Pero ¿cómo se come? ¿Cómo se traduce en los casos? Bueno, Marcelo nos presenta algunos (viñetas clínicas, gusta llamarlas). No para masticarlos; para paladearlos. Desde un primer caso en que el momento poético se fragua en la supervisión de una demanda de terapia imposible hasta cuatro últimos casos de, digamos, psicosis (tres, llamémosles, de paranoia y una cuarta, sea dicha, psicosis alucinatoria), en las que captar o promover “señales de vida” (subtítulo de este libro) por debajo del absolutismo psicótico que a quien la

estaba invadiendo le permitía sostener pequeñas rebeliones a la búsqueda de una vida que mereciera ser vivida.

No te digo más del libro, apreciado lector (de esta reseña y, si te he convencido, de ese libro). Sólo, si te he animado, permíteme algún consejo. Léelo con un buen café (o un mate, si es lo tuyo). Para que te mantenga atento. Léelo con lápiz y papel cerca; para poder atrapar las ideas cuando te vayan apareciendo (un ordenador, creo, te pide masticarlas un poco antes de fijarlas). Léelo con una buena vista, si puedes, enfrente. Para que cuando tus ojos se te levanten del texto se puedan posar en algo, también, interesante y bello.

Revista Mosaico de la Federación de Asociaciones Españolas de Terapia Familiar,
Nro. 81, 139- 141